



f /asuntospublicos

@ced_cl

Novedades

03/01/2018

Política

Dos preguntas para la DC

27/12/2017

Economía

Una nota al debate presidencial: La importancia de la desigualdad en la derecha chilena

15/12/2017

Política

Descentralización y nueva Constitución

11/12/2017

Economía

Fracaso de las encuestas políticas y necesidad de regulación

04/12/2017

Política

La competencia por lucrar como motor del capitalismo

27/11/2017

Política

Los Paisajes de Conservación, futuros sostenedores ecológicos del SNAP: Experiencias en Chile

Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.cl.

©2000 asuntospublicos.cl. Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

Informe 1323

Política

03/01/2018

Dos preguntas para la DC

José Ignacio Maritano González¹

Como un motivo recurrente en el debate público chileno, tras estas elecciones presidenciales, parlamentarias y de Consejeros Regionales, la pregunta sobre el futuro de la DC vuelve a ser de interés para un sinnúmero de comentaristas y autoridades políticas. Como es usual, algunos fantasearán sin disimulo con la idea de la DC sumándose al gobierno de derecha que se inaugurará el 11 de marzo próximo. Otros se apurarán en ver los últimos resultados electorales un incontestable certificado de defunción de lo que ya les parece una curiosidad política para nuestros días. Un último grupo, con no menor determinación y fervor, con la seguridad de una historia partidaria larga y no exenta de problemas, rechazará ambos vaticinios (que de originales tienen poco), y proclamará que “La DC tiene para rato”. Muchas veces estos análisis parecen ser movidos más por los íntimos deseos de sus autores, que por una disección desapasionada de la realidad. La verdad, es difícil poder señalar cualquiera de estos escenarios como ridículo: es evidente que una porción importante del electorado histórico DC ha terminado votando por candidatos de partidos de derecha, como también que los históricos partidos de ideología DC (en Italia, Francia o Venezuela, por ejemplo) han quedado reducido a los libros de historia, tras un abrupto final o una lenta decadencia. Pero tampoco es menos cierto que el PDC chileno ya ha demostrado en distintos momentos críticos de su historia poseer una resiliencia notable.

¿Quién tiene la razón? ¿Son los resultados de la última votación prueba contundente para confirmar alguno de estos senderos? ¿Qué pasó, en definitiva, el 17 de noviembre y el 19 de diciembre?

Toda interpretación habrá de partir por asumir un estrepitoso fracaso electoral en las presidenciales y parlamentarias. Esta derrota es dolorosa, además, porque la candidata presidencial representaba con bastante probabilidad lo mejor de la tradición DC y un perfil político admirable: alejada de todo escándalo de corrupción, con una historia de vida admirable, experiencia política, un equipo de contenidos más que competente, y acaso el programa más logrado de todas las candidaturas. Tanto su proclamación como el camino elegido – llegar directamente a primera vuelta – fueron además respaldados por más de dos tercios de una Junta Nacional de más de 700 miembros con derecho a voto.

¹ Abogado con mención en Derecho Público, Pontificia Universidad Católica de Chile. Estudiante de posgrado en London School of Economics and Political Science. Co-fundador y Secretario de la ONG Nosotros Ciudadanos.

No cabe duda que parte del fracaso se explica por la ya sistemática incapacidad de la DC de apoyar a sus propios abanderados como conjunto, con decisión y sin lugar a dudas. Así lo ha reconocido Goic en el discurso de su renuncia a la presidencia partidaria, dos días después de los comicios. Sin embargo, es posible que el “germen de autodestrucción”, aludido por la ex Presidenta en esa ocasión, vaya más allá de una crónica e irreversible falta de disciplina partidaria. El porcentaje de votos obtenido en las parlamentarias estuvo alrededor del 10%, apenas unos puntos por sobre la candidata presidencial, y significativamente más abajo que la elección anterior.

Sin duda la alternativa del “camino propio” por la que optó la DC aparece a posteriori como un ideal chivo expiatorio para explicar la baja electoral. ¿Pero hubiera sido realmente muy distinto -en términos de porcentaje de la votación- si se hubiera apelado a la fórmula tradicional? ¿Hay algo especial en esta elección que hubiera hecho presagiar que se remontaría o al menos estancaría la lenta pero persistente tendencia a la baja que la DC viene experimentando— tanto en porcentaje de votación como número de parlamentarios — desde el regreso de la democracia?

En vez del probable y apacible sendero hacia la irrelevancia, lo que vimos fue una apuesta all-in de la Democracia Cristiana, y ahora que conocimos su resultado, el efecto no es otro que el de adelantar las preguntas ineludibles: ¿tiene sentido todavía para los chilenos una apuesta política demócrata cristiana? ¿Cuál debe ser su proyecto político distintivo, si ha de tenerlo? ¿Qué rol ha de jugar en una nueva configuración política, con el Frente Amplio y la derecha como actores poderosos?

Estas interrogantes deben ser abordadas activamente, siendo la Junta Nacional de enero el espacio más idóneo para ello. Los demócratacristianos, dirigentes y militantes, deben contestarlas, y no el simple desarrollo de los hechos. Mi intuición es que, para pensar cualquier posible futuro de la DC es necesario responderse dos preguntas sobre lo que se quiere ser: Si quiere ser un partido de masas, o bien uno pequeño y estratégico; y si quiere reclamar explícitamente o no su identidad cristiana. Por supuesto que estas preguntas no suelen contestarse de forma directa y formal, pero toda decisión interna que sobrevenga apuntará a algunas de estas opciones.

La alternativa de ser un partido de masas abiertamente cristiano no parece tener mucho futuro, más allá de la nostalgia que pueda existir de aquella DC que tenía por sí sola la mayoría absoluta en el Congreso, que movilizaba al campo y a los estudiantes universitarios, a las clases medias y a los empresarios, en torno a unos ideales y programas inspirados en el catolicismo progresista. Eran los años sesenta, y el Concilio Vaticano II. El clivaje religioso, superpuesto al de clase, permitió que las clases obreras y el campo apoyaran a partidos demócrata cristianos en gran parte de Europa (especialmente en Italia y Alemania), y también se manifestó de alguna forma en Chile. Pero ese mundo, golpeado primero por la Dictadura, y luego por el consumo y el individualismo, ha desaparecido. La Iglesia y sus parroquias ya no son lo mismo, al menos en término de movilización colectiva y “política”, en el sentido amplio. Los hijos de los campesinos emigran a la ciudad a estudiar, y en el raro evento de que decidan involucrarse en política, es aún más improbable que se unan a alguna opción demócratacristiana, porque prácticamente es inexistente en las universidades. La progresiva secularización y la vivencia de la fe desde una perspectiva intimista que predomina, hacen muy improbable que la bandera de la identificación con el cristianismo le provea a la DC una mayoría sustancial -no sólo política sino social- para gobernar.

Otra alternativa es que la DC se represente a sí misma como la defensora de una minoría cristiana. La secularización, a la que aludí en punto anterior, es un lugar común para hablar de los cambios culturales que hemos vivenciado en las últimas décadas. Pero tal vez hay que mirarla con más detención. No es tan claro que la pérdida de influencia de la Iglesia Católica sea sinónimo de que la sociedad sea cada vez menos religiosa. Los grupos evangélicos, por ejemplo, parecen estar transformándose en un actor, aun electoral, importante. Su disciplina a la hora votar, considerando el contexto del voto voluntario, y la especificidad de sus demandas los hacen atractivos para los políticos. Sin embargo, es poco plausible que sea la DC la que movilice a los ciudadanos que buscan influir en esfera pública principalmente en cuanto cristianos, para promover la llamada “agenda valórica” de sus iglesias. Esto principalmente por dos motivos: la DC no ha demostrado capacidad – ni interés – para tener posiciones institucionales en estas materias, como sucedió en el caso del aborto. Pero, además, la tradición demócratacristiana viene de una raíz de cristianismo social que promueve un programa político más amplio y comprehensivo que las demandas de los grupos religiosos más conservadores, lo que ha llevado a la DC a sellar alianzas inaceptables para ellos. Estos grupos probablemente se sienten mejor representados en la actualidad por la emergente figura de José Antonio Kast.

Una tercera opción sería entenderse como un partido estratégicamente ubicado en el “centro”, rescatando la retórica de la moderación, por sobre cualquier identidad cristiana. Es el “centro posicional”, por sobre el “centro programático” al que se refería Timothy Scully. Posiblemente esto es lo que está en la mente de más de algún dirigente DC. Un referente de estas características, podría dar mayorías circunstanciales a izquierda o derecha, o aportar moderación en un Congreso polarizado. No debe cometerse el error de pensar que por los magros resultados electorales recientes de las alternativas que apelaron al “centro”, este no vaya a tener un espacio en la constelación de partidos que surgirá al alero del nuevo sistema electoral. Un partido “bisagra”, en un Congreso dividido y electo por sistema proporcional, podría ser mucho mayor a su tamaño o poderío electoral. Si la DC decide transitar por este camino no es impensable imaginar una alianza, o derechamente una fusión, con otros grupos que apelan al centro y se definen como liberales, y que también se vieron perjudicados por las elecciones. Este escenario, aunque factible, hace poca justicia al discurso e historia demócratacristiana, relacionada a las grandes reformas sociales, y a su naturaleza como partido doctrinariamente denso. Significaría bien un vaciamiento ideológico, o bien un tránsito definitivo a una cierta mirada liberal de la vida social que puede hallar eco en algunos militantes, pero ciertamente no en la gran mayoría. Sin embargo, no se equivocaría del todo quien señalara que la DC es un partido que, en los hechos, ya ha dejado de liderar el impulso reformista, tomando un rol “reactivo” para mejorarlas o moderarlas.

Finalmente, una última combinación es que la DC contribuya activamente al esfuerzo más amplio de renovar el esfuerzo reformista de la centroizquierda. Esta sin duda es la alternativa más difusa, pudiendo tener una diversidad de expresiones concretas (¿recomponer una alianza de partidos de centroizquierda que incorpore a la DC? ¿Confluir en un partido de naturaleza socialdemócrata?). En buena medida, esta opción también requiere que los demás mundos culturales que son parte la centroizquierda vean en la tradición de la DC un aporte valioso, lo que a su vez desafía a la DC a tener una idea clara de ella misma, su programa de mediano plazo y sus prioridades más inmediatas.

Quiero hacer énfasis en que esta última opción, como la veo, requiere asumir la crisis de la centroizquierda, y de sus partidos, y la necesidad de su renovación y perfilamiento como una alternativa genuinamente reformista, pero distintiva y diferenciada. Necesitaría sobre todo un esfuerzo ideológico y político activo, sin complejos y con claridad en los objetivos, medios y límites.

En verdad, este es el mismo desafío que tienen las fuerzas socialdemócratas a nivel mundial, jibarizadas entre el nacionalismo, populismo, y una izquierda cosmopolita desarraigada de los problemas de quienes viven más precariamente en sus sociedades. Sobreponerse a todo lo anterior demanda un recambio de liderazgos (habrá que reconocerle esto al Frente Amplio), pero también una propuesta política fresca.

La tradición política del cristianismo social y la democracia cristiana pueden ofrecer elementos interesantes desde el punto de vista conceptual y práctico a una síntesis más amplia: una agenda política que incluya a los más precarizados, por sobre una elitizada promovida por derecha, o “posmoderna” de la izquierda de origen universitario; de dignidad de la persona humana; la valorización del rol público de la sociedad civil y asociativismo frente a un estatismo más tradicional; la cohesión social como un objetivo de las políticas públicas; la importancia del equilibrio entre trabajo y familia; la primacía de la política sobre la economía; el cooperativismo; la desconcentración de la riqueza; la justicia intergeneracional; la validez universal de los derechos humanos; entre muchos otros que se pueden mencionar y que se acoplan a los valores del humanismo laico, republicanism y socialismo democrático. Una alternativa que fortalezca la cultura democrática, resistiéndose y anticipándose a sus tres “enemigos íntimos” según el recientemente fallecido Todorov, y que están a la vuelta de la esquina: el ultraliberalismo, el mesianismo político, y el populismo.

No sabemos qué avenida tomará la DC en su Junta Nacional de enero de 2018, ni en los próximos meses y años. Posiblemente, en la diversidad de su militancia, no haya total acuerdo sobre cuál de los cuatro caminos aquí descritos seguir, o de otros que puedan existir. Creo, no obstante, que la idea de la tradición democratacristiana nutriendo un referente nuevo y más amplio que busque reconstituir una centroizquierda que en su conjunto se encuentra desorientada y derrotada, es una que merece alguna atención. La vialidad de aquello, eso sí, dependerá también de la capacidad de engendrar y sostener liderazgos nuevos que puedan canalizar estos esfuerzos, y la disposición de otras fuerzas políticas cercanas, por mencionar dos condiciones de posibilidad.